

J. J. BENÍTEZ

BELÉN

LAS PÁGINAS NO PUBLICADAS EN CANÁ.

CABALLO DE TROYA 9

SÍNTESIS DE LO PUBLICADO

Enero de 1973

En un proyecto secreto, dos pilotos de la USAF (Fuerza Aérea Norteamericana) viajan en el tiempo al año 30 de nuestra era. Concretamente, a la provincia romana de la Judea (actual Israel). Objetivo aparente: seguir los pasos de Jesús de Nazaret y comprobar, con el máximo rigor, cómo fueron sus últimos días. ¿Por qué fue condenado a muerte? ¿Quién era aquel Hombre? ¿Se trataba de un Dios, como aseguran sus seguidores?

Jasón y Eliseo, responsables de la exploración, viven paso a paso las terroríficas horas de la llamada Pasión y Muerte del Galileo. Jasón, en su diario, es claro y rotundo: «Los evangelistas no contaron toda la verdad». Los hechos, al parecer, fueron tergiversados, censurados y mutilados, obedeciendo a determinados intereses. Lo que hoy se cuenta sobre los postreros momentos del Maestro es una sombra de lo que sucedió. Pero algo falló en el experimento, y la operación Caballo de Troya fue repetida (eso le hicieron creer al mayor norteamericano).

Marzo de 1973

Los pilotos norteamericanos «viajan» de nuevo en el tiempo, retornando a la Jerusalén del año 30. Allí comprueban la realidad del sepulcro vacío y las sucesivas «presencias» de un Jesús resucitado. Los científicos quedan perplejos: la resurrección del Galileo fue incuestionable. La nave de exploración fue trasladada al norte, junto al mar de Tiberíades, y Jasón, el mayor de la USAF, asiste a nuevas apariciones del Resucitado. La ciencia no sabe, no comprende, el porqué del «cuerpo glorioso».

Jasón se aventura en Nazaret y reconstruye la infancia y juventud de Jesús. Nada fue como se ha contado. Jesús jamás permaneció oculto. Durante años, las dudas consumen al joven carpintero. Todavía no sabe quién es realmente.

A los veintiséis años, Jesús abandona Nazaret y emprende una serie de viajes «secretos» de los que no hablan los evangelistas.

El mayor va conociendo y entendiendo la personalidad de muchos de los personajes que rodearon al Maestro. Es así como Caballo de Troya desmitifica y coloca en su justo lugar a protagonistas como María, la madre del Galileo, a Poncio y a los apóstoles. Ninguno de los últimos entendió al Maestro y, mucho menos, su familia carnal.

Fascinado por la figura y el pensamiento de Jesús de Nazaret, Jasón toma la decisión de acompañar al Maestro durante su vida pública o de predicación, dejando constancia de cuanto vea y oiga. Eliseo le secunda, pero por unas razones que mantiene ocultas. Nada es lo que parece. Para ello deben actuar al margen de lo establecido oficialmente por Caballo de

Troya. Y aunque sus vidas se hallan hipotecadas por un mal irreversible —consecuencia del propio experimento—, Jasón y Eliseo se arriesgan a un tercer «salto» en el tiempo, retrocediendo al mes de agosto del año 25 de nuestra era. Buscan a Jesús y lo encuentran en el monte Hermón, al norte de la Galilea. Permanecen con Él durante varias semanas y asisten a un acontecimiento trascendental en la vida del Hijo del Hombre: en lo alto de la montaña sagrada, Jesús «recupera» su divinidad. Ahora es un Hombre-Dios. Jesús de Nazaret acaba de cumplir treinta y un años.

Nada de esto fue narrado por los evangelistas...

En septiembre del año 25 de nuestra era, Jesús desciende del Hermón y se incorpora a la vida cotidiana, en la orilla norte del *yam* o mar de Tiberíades. No ha llegado su hora. Parte de su familia carnal vive en Nahum (Cafarnaum), en la casa propiedad del Maestro. Los pilotos descubren una tensa relación familiar. María, la madre, y parte de los hermanos, no entienden el pensamiento del Hijo primogénito. La Señora (María), especialmente, cree en un Mesías político, libertador de Israel, que expulsará a los romanos y conducirá al pueblo elegido al total dominio del mundo. Se trata de una grave crisis —jamás mencionada por los evangelistas— que desembocará en una no menos lamentable situación.

Movidos por el Destino, Jasón y Eliseo, tras una serie de aparentes casualidades, viajan al valle del Jordán y conocen a Yehohanan, también llamado el Anunciador (hoy lo recuerdan como Juan, el Bautista). Nada es como cuentan la historia y la tradición. El diario del mayor resulta esclarecedor. De regreso a Nahum, los exploradores descubren a un Jesús obre-

ro, que espera el momento de inaugurar su vida pública. Todo está dispuesto para la gran aventura.

El mayor vuelve con el Bautista y descubre en él una grave enfermedad mental (de la que tampoco hablan los evangelistas). Y descubre igualmente que las ideas del Anunciador sobre Dios y sobre el reino nada tienen que ver con las del Maestro. Descubre también que algunos de los discípulos de Yehohanan —Pedro, Andrés y Judas— son los futuros apóstoles de Jesús. Y Jasón descubre que la operación Caballo de Troya no es lo que suponía... El mayor descubre a un Jesús leñador y asiste al bautismo del Galileo, pero no en el río Jordán. Nada fue como lo contaron. Finalmente, Jesús se retira a las colinas situadas al este del Jordán y allí permanece durante treinta y nueve días. No era el desierto, y tampoco ayunó. El lugar se llamaba Beit Ids. Allí sucedieron algunos hechos extraordinarios que tampoco fueron transmitidos por los evangelistas. Jesús planificó lo que, en breve, sería su vida pública. Y tomó una serie de importantes decisiones. Nada de esto fue contado. Trabajó en la recogida de la aceituna y llevó a cabo su segundo prodigio conocido.

A lo largo del año 26 de nuestra era, tras el retiro en Beit Ids, Jesús acepta a los seis primeros discípulos. Tampoco ocurrió como lo cuentan los evangelistas. El mayor asiste al milagro de Caná. El Maestro no convirtió el agua en vino, como dicen. Fue mucho más espectacular... Antes de eso, el Galileo procedió a quemar cuando había pintado. Fue otro momento amargo en la vida del Hijo del Hombre. Tras la selección de los restantes discípulos, Jasón acude a la fortaleza de Maqueronte, en el mar Muerto. Allí se encuentra prisionero Yehohanan. Y el mayor asiste a la terrible muerte del Bautista.

El 10 de abril del año 27 de nuestra era, Jesús visita Jerusalén y habla en el Templo por segunda vez (la primera tuvo lugar cuando el Galileo contaba doce años y medio). Sus palabras son consideradas como una blasfemia y empiezan los problemas para el Hijo del Hombre. Jesús califica a los sacerdotes de corruptos. Es el principio del fin de la carrera del Galileo. Ese mismo mes de abril, el Sanedrín ordena la caza y captura de Jesús de Nazaret. Y el Maestro y su grupo se ven obligados a huir.

EL DIARIO

Las presentes páginas deberían haber aparecido en *Caná. Caballo de Troya* 9. Por razones puramente técnicas (el libro era casi inmanejable), la editorial decidió posponerlas. Ahora son publicadas íntegramente. Solicito disculpas.

J. J. Benítez

30 DE ABRIL, MIÉRCOLES (AÑO 27)

Mientras huíamos en la oscuridad recordé el texto de la orden de caza y captura del Maestro, redactado por el Sanedrín. Decía así:

«Año 3787 del Santo, bendito sea...¹ Los que entregan su nombre, tras considerar la santa Ley, estiman que Jesús, constructor de barcos en Nahum, debe comparecer ante este sagrado tribunal para dar cuenta de sus pecados contra el Santo, bendito sea su nombre. Esta corte movilizará los medios necesarios para que la Ley sea satisfecha y el tal Jesús, hijo de José, sujeto a dominio».

Al final del escrito se leía: «*He'tec*» (copia).

Al pie aparecían los nombres de 53 sanedritas que estaban de acuerdo con el procedimiento de captura de Jesús.

Era el primer ataque serio contra Jesús. La primera carga oficial, y perfectamente estructurada, por parte de las castas sacerdotales, los escribas o doctores de la ley, los saduceos y los fariseos contra el Hijo

¹ Los judíos consideraban que el primer día de la creación ocurrió el 7 de octubre del año 3761 antes de Cristo. Roma, por su parte, tenía su propio calendario, establecido por Julio César (calendario juliano), reformado posteriormente por el emperador Augusto. De este último procede nuestro año de doce meses. (*N. del m.*)

del Hombre. Si lo capturaban lo torturarían y, probablemente, lo ejecutarían.

Hicimos bien en escapar de Betania.

Nos detuvimos en mitad de la noche. Nadie nos perseguía. No recuerdo el lugar. Era puro bosque. Y cada cual buscó refugio entre los árboles, tratando de dormir. Yo lo conseguí a medias. Hasta la llegada del alba permanecí atento al camino. Ni rastro de los odiados levitas. Y con las primeras luces proseguimos la marcha. Dejamos atrás Belén y, por consejo de Tomás, fuimos a parar a una aldeíta llamada Beit Sahur, a poco más de dos kilómetros al sureste de la referida Belén o Beit Lahm.

Beit Sahur era casi un barrio de Belén. Lo formaban veinte o treinta casas de piedra, agarradas las unas a las otras para no caer por la pendiente de una de las colinas que habitaban la zona. Conté diez promontorios con alturas superiores a 700 metros. Era una aldea tranquila, perdida entre canchales, cuevas y campos de trigo y cebada. La población —no llegarían a trescientos— era beduina en su mayoría. Gente recia, observadora y callada. Se dedicaban al pastoreo y a la agricultura. Poca cosa. Ovejas, hortalizas y algunos olivos perdidos entre las rocas. En el centro del pueblo reinaba una enorme cisterna a la que acudían regularmente para abastecerse de agua.

Instalamos el campamento a las afueras de la aldea, cerca de lo que llamaban los campos de Boz. Allí, según la tradición, tuvo lugar el enamoramiento de Boz y Ruth, la moabita. Según el libro de Ruth (2, 3-4), la bella moabita se puso a espigar detrás de los segadores. Y al llegar Boz, Ruth le explicó el grado de parentesco que los unía. Boz quedó prendado de Ruth

y terminaron casándose. De esa unión nacería Obed, padre de Jesé y abuelo del rey David.

Allí permanecimos escondidos durante doce días.

Los *badu* (beduinos) no preguntaron. Se limitaron a vendernos las provisiones que Felipe fue necesitando. Nos miraban con curiosidad, eso sí, pero se mantuvieron a distancia.

Jesús aparecía tranquilo. Por la mañana —temprano—, tras el desayuno, tomaba a *Zal*, el perro de color estaño, y se alejaba hacia las colinas. Allí permanecía, en soledad, hasta la caída del sol. Según sus propias palabras «eran las horas más felices del día, en conexión con el Padre Azul». Andrés, el jefe de los discípulos, trató de convencerlo para que lo acompañara la *tabbah* (la escolta formada por Pedro y los hermanos Zebedeo: Juan y Santiago), pero el Maestro rechazó la sensata oferta.

Jesús vestía la habitual túnica blanca, sin costuras, algo chamuscada a raíz del incidente con Ajašdarpan, el niño de los huesos de cristal que fue milagrosamente sanado en los olivos de Beit Ids. Al retirarse a las colinas anudaba la habitual cinta blanca alrededor de la cabeza o recogía los cabellos color caramelo en una cola. Sus ojos rasgados —color miel— brillaban de felicidad. No lograba entenderlo. El Sanedrín lo perseguía, para matarlo, y Él se mantenía tranquilo y relajado. Sonreía a todo el mundo, por cualquier motivo, mostrando aquella dentadura blanca e impecable. La piel, bronceada, le proporcionaba un atractivo especial.

Y lo vimos alejarse con sus largas y típicas zancadas... El Galileo, sí, era un hermoso ejemplar: 1,81 metros de estatura, hombros anchos y poderosos, cuerpo musculoso, sin un gramo de grasa, piernas de

atleta, y manos largas y estilizadas. Solo la nariz —prominente y típicamente judía— desentonaba en aquel rostro alargado y caucásico. La barba, partida en dos, en un color oro viejo, aparecía algo más larga de lo habitual.

Al desaparecer en las colinas, los discípulos volvieron a las andadas. Las discusiones se hicieron interminables. Todos temían la súbita llegada de los levitas, la policía del Templo. Y tenían razón. Jerusalén se hallaba muy cerca, a escasos once kilómetros. Si alguien los delataba, el Sanedrín se les echaría encima. El odio de los sacerdotes hacia el Maestro era imparable...

Los únicos que no participaron en la polémica fueron Felipe, el intendente, y los gemelos de Alfeo, atareados en los preparativos de las comidas. El resto pretendía salir de aquel lugar, y lo antes posible. Pero no llegaban a un acuerdo sobre el destino final. Andrés intentaba mediar, y aconsejaba consultar al rabí. Nadie le escuchaba. Por supuesto, nadie predicó.

Yo aproveché la proximidad de Belén para investigar un viejo asunto. Mejor dicho, tres... Tenía tiempo de sobra. Y, como digo, me propuse indagar sobre la mítica estrella que, al parecer, acompañó a los Magos. ¿Qué había de cierto? ¿Se trataba de una leyenda? Si existieron, ¿quiénes fueron los Magos? ¿Qué pretendían? Y, por último, ¿fue cierta la matanza de los inocentes? ¿Quién ordenó el infanticidio? ¿Cuántos niños menores de dos años fueron sacrificados?

Cada mañana caminaba hasta Belén y conversaba con sus habitantes; especialmente con los más ancianos.

La aldea, en aquel tiempo, sumaba cuarenta o cincuenta familias. Era un pueblo menor, con las casas

de piedra, de color rosado, orientadas hacia el este. En los días claros se distinguía la lámina azul del mar Muerto o lago Salado. Beit Lahm reposaba sobre dos colinas (la más alta de 777 metros sobre el nivel del Mediterráneo y a 1267 sobre el referido mar Muerto). Todo, a su alrededor, eran cavernas, rocas blancas y azules, y terrazas en las que prosperaban huertos, árboles frutales, olivos y, más allá, cereales (básicamente trigo). Los habitantes, de origen beduino, eran diestros en el pastoreo. Las cavernas (conté tres de gran capacidad y otras veinte menores) eran destinadas al almacenamiento de víveres y de ganado. Era gente sencilla y amable que presumía de su vecino más ilustre: Raquel, mencionada en el Génesis (35, 19), e hija de Labán.¹

Mis conversaciones con los habitantes de Belén dieron fruto, aunque algunos aspectos de las pesquisas quedaron en la bruma. Habían transcurrido más de treinta años... Pero me di por satisfecho. He aquí lo que acerté a poner de pie:

1. En las noches anteriores y posteriores al 21 de agosto del año menos 7, los vecinos de Belén y de la comarca (incluida la ciudad de Jerusalén) quedaron asombrados ante la presencia en el firmamento de miles de puntos luminosos (ellos las llamaban «estrellas») que se movían de sur a norte. El «espectáculo» se prolongó durante una semana. Los puntos de luz corrían por el cielo nocturno y, en ocasiones, se detenían o descendían a gran velocidad, iluminando las colinas «como si fuera de día». El ganado —me conta-

¹ Jacob trabajó siete años gratis para Labán por su amor a Raquel. Raquel murió al dar a luz a su segundo hijo, Benjamín. Fue enterrada cerca de Belén. (*N. del m.*)

ban— se mostraba inquieto. Y algunas ovejas aparecieron muertas, sin una gota de sangre. Ese 21 de agosto (año menos 7), como se recordará, nació Jesús en la aldea de Belén. La noticia de las miles de luces que fueron vistas en la comarca me fue adelantada por el *sheikh* de Beit Ids. Él fue testigo de excepción cuando se encontraba en las proximidades de Hebrón, al sur de Belén.¹ «Algo grande va a suceder», clamaba la gente. Y tenían razón...

2. Respecto a la estrella de Belén no tuve tanta suerte. Las noticias eran confusas. Como digo, habían transcurrido muchos años. No recordaban con exactitud. Algo escucharon: una luz potentísima fue vista sobre Belén y merodeó por los alrededores durante días. Traté de localizar el establo en el que la Señora dio a luz. Imposible. Todo aparecía cambiado. Durante las conversaciones, uno de los ancianos me proporcionó una pista que consideré interesante. Precisamente en Beit Sahur, la aldea en la que acampábamos, vivía una familia beduina a la que llamaban Zeben. Aquella gente —según mi informante— tuvo una singular experiencia en el mes de *tišri* (septiembre-octubre) del año menos 7. Es decir, a los pocos días del nacimiento del Maestro. Al parecer, una luz enorme y vivísima se presentó en los campos que rodean Beit Sahur. Y los Zeben —padre y dos hijos— se encontraron de cara con unos seres muy extraños. Descendieron de la luz y les hablaron. Para el viejo de Belén eran los temidos *žnun*. Tihy y Sahab eran sus hijos. También estuvieron presentes en el extraordinario encuentro. En Beit Sahur podían darme razón...

¹ Amplia información en *Jordán. Caballo de Troya* 8. (N. del a.)

Y me pregunté: ¿se trataba de la aparición de los «ángeles» a los pastores, anunciada en el evangelio de Lucas? No podía fiarme. A la vista de lo vivido hasta esos momentos, los textos evangélicos eran un perfecto desastre. Y pensé que Lucas, en su capítulo 2, seguía inventando.

Al retornar al campamento peiné la pequeña aldea de Beit Sahur. No tardé en localizar al clan de los Ze-ben. Mi gozo en un pozo. Tihy y Sahab —de profesión pastores— se encontraban en el desierto de Judá, al sur, en un lugar que llamaron la Gran Olla, al pie del monte Holed. Interrogué al resto de la familia sobre la gran luz y los supuestos *žnun*, pero se negaron a hablar del asunto. Traía mala suerte. Eso dijeron. Tuve que resignarme. Viajar al sur no entraba en mis planes inmediatos. Mi objetivo era seguir a Jesús de Nazaret allí donde fuera y ser testigo de sus obras y de sus palabras. Y el Destino—naturalmente— sonrió burlón...

Los vecinos de Belén sí tenían memoria de la visita a la aldea de un grupo de notables, justamente en el referido mes de *tišri* del año menos 7. Fue un acontecimiento. Algo así no pasó inadvertido para los humildes pastores y campesinos. Un buen día se presentó en la aldea una caravana de gente singular. Hablaban raro. Vestían ropas orientales y parecían ricos. Contaron cien camellos y numerosos esclavos. Dijeron ser príncipes. Habían viajado desde Eretz Shin'ar («La tierra de Shinar», en Mesopotamia).¹

Al parecer, según contaron, meses antes se había presentado en la ciudad caldea de Ur un misterioso

¹ En aquel tiempo, las principales ciudades de Mesopotamia eran Ur, Sippar, Babilonia, Acad, Nippur, Umma, Isin, Shuruppak, Uruk, Larsa y El Ubaid. (*N. del m.*)

educador religioso. Era un individuo muy alto, con una túnica que cambiaba de color, y una sonrisa encantadora. Quedé asombrado. Yo conocía a ese personaje... Pues bien, el educador (?) informó a los príncipes sobre la «inminente llegada al mundo de la luz de la vida». Sería en forma de niño y entre los judíos.

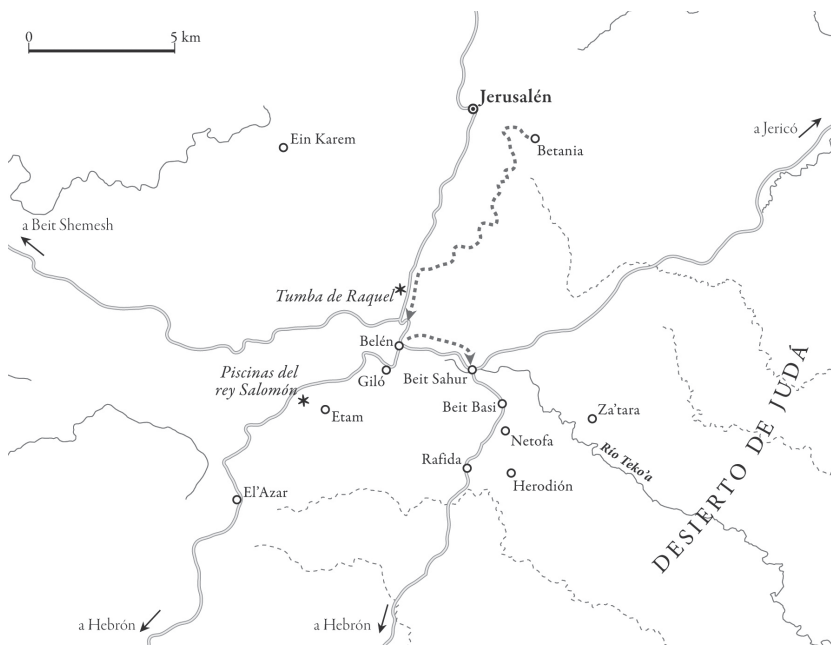
Y los notables, príncipes y sacerdotes de la región se pusieron en camino. El viaje se prolongó durante tres meses. Una luz vivísima los guiaba durante el día. En la noche, el singular «astro» permanecía sobre el campamento, iluminándolo como si fuera de día. Al llegar a Jerusalén preguntaron por la «luz de la vida que acababa de nacer», pero nadie les dio razón. Y casi al final, por aparente casualidad (?), los príncipes de Shinar fueron a coincidir en el Templo con Zacarías, el esposo de Isabel, prima segunda de la Señora. Zacarías confirmó el nacimiento del Mesías e indicó el lugar donde se hallaba Jesús. Fue así cómo los Magos llegaron hasta el Niño.

Los vecinos de Belén recordaban los nombres de algunos de estos príncipes y sacerdotes llegados de Oriente. Mencionaron a un tal Peroz, y a Jazdegerd, y a Hormizd, y a Magalath... En el número de notables no se pusieron de acuerdo. Hablaban de cuatro. Otros aseguraban que fueron ocho. Lo importante —para quien esto escribe— es que los príncipes, reyes, sacerdotes o astrólogos fueron una realidad.

3. La matanza de los inocentes. Según mis informaciones, proporcionadas en su momento por María, la Señora,¹ el rey Herodes el Grande supo de la presencia de los notables de Shinar en la ciudad de Jeru-

¹ Amplia información en *Masada. Caballo de Troya* 2. (N. del a.)

salén. Y, al parecer, se entrevistó con ellos. Los de Shinar confirmaron la existencia del «nuevo rey de los judíos» y partieron hacia Mesopotamia. A partir de esos momentos, Herodes trató de ubicar al incómodo «rey». Pero su legión de confidentes no tuvo éxito. No había forma de localizar al bebé. Un año más tarde —en octubre del menos 6—, desquiciado ante el fracaso de sus espías, Herodes el Grande dio una orden terrible: pasar a cuchillo a los varones menores de dos años de edad de la aldea de Belén y alrededores; lo que los judíos llamaban *gamul* o destetados. En aquel tiempo, casi todos los niños judíos eran amamantados hasta los dos años.



Huida de Jesús y los discípulos hasta la aldea de Beit Sahur.

La orden, como digo, afectó a la aldea de Belén y otros poblados próximos.